

CAPITULO VI.

El autor se embarca con su gente para Monatamia. Su arribo á esta isla. Parten á Batavia. Vuelven á tomar la ruta de Inglaterra. Conspiracion de la tripulacion. Dos marineros matan á Morrice por disfrutar de su mujer. Gulliver recibido á bordo de un navío francés. Su arribo á Francia, de donde pasa á Inglaterra.

Luego que se acabaron los regocijos, Sevaraminas dió orden de aprestar un buque para conducirnos á la isla de Monatamia, donde habíamos de establecer nuestro comercio; hubiera deseado que los sevarambos trabajasen con menos diligencia en la preparacion de este buque que iba á alejarme acaso para siempre de sus costas.

El dia señalado para nuestra partida nos despedimos de todos nuestros amigos: en seguida fuimos á dar las gracias á Sevaraminas, y éste gran príncipe, no contento con destinar á Sermodas para que nos acompañase hasta Monatamia, me hizo todavía más regalos, dignos todos de su opulencia y generosidad, recibiendo otros á proporcion mis oficiales y demás gente. Habiéndonos embarcado el 2 de agosto bajamos

el rio de Rocara, donde dimos fondo por la tarde delante de Trumbello, ciudad considerable por su comercio con la isla de Monatamia. Allí hablamos con muchos negociantes, y tomé un piloto que nos guiase á la embocadura del rio, cuyo paso es peligroso por las innumerables rocas que hay á un pié del agua. Pasamos sin embargo con felicidad. El dia siguiente navegamos á un viento fresco que nos era favorable, y desde aquella mañana descubrimos á Monatamia á nuestra derecha.

Sermodas, Morrice y yo tuvimos diferentes conferencias con el gobernador de Monatamia, quien nos permitió que hiciésemos establecimientos en su territorio si nos acomodaba. Aceptaron el partido sesenta y siete de los nuestros que estaban casados, quedando solo tres que quisiesen volver con nosotros á Europa. Despues de una mansion de tres semanas nos hicimos á la vela para Batavia, donde algunos querian detenerse, y donde sabíamos bien que encontraríamos muchos con qué reemplazarlos.

El gobernador nos recibió con mucha urbanidad y cortesía; más como hubiese advertido que muchos de los nuestros, enriquecidos por los sevarambos, iban olvidando las virtudes que ha-

bian aprendido de aquella nacion inocente, fué preciso acelerar la marcha y reemplazar con marineros extranjeros una buena porcion de ellos que se habian escondido por escusar la pesquisa que el gobernador me habia permitido hacer de sus personas. Por fortuna encontré un gran número de holandeses que no deseaban más que seguirme.

Teniendo ya completa la tripulacion de mi navío, el viento era favorable, y me excitó á hacerme á la vela. Partimos, pues, sin que sucediese nada notable en muchos dias de viaje, cuando habiendo convidado á Morrice y su esposa á una partida de juego en mi cuarto, vino luego y me dijo que no sabia qué pensar de la conducta de nuestros antiguos marineros, cuyas conferencias secretas con los que habíamos recibido en Batavia denotaban tramarse alguna conspiracion contra los oficiales principales.

Ya se deja discurrir qué sobresalto no me causaria esta nueva. Aproveché los instantes para consultar con Morrice los medios de descubrir la conjuracion, y atajar sus progresos antes que se declarase; pero sin poder tomar providencia alguna, entra de Nuit en mi cámara, acompañado de unos veinte hombres pistola en mano, jurando que nos matarian si intentába-

mos la menor resistencia. Preguntéle, con la firmeza que pude, qué razon le llevaba á proceder así. Calla, me respondió con la mayor insolencia, tengo tanto derecho á mandar como tú el navío, y desde este instante renunciarás el título de general y capitan de que tú mismo te has revestido desvergonzadamente. Repliquéle que lo haria cuando llegásemos al cabo de Buena Esperanza. Eso podria ser, me respondió con una sonrisa de mofa; pero no pienso dirigirme allá; si tú te hallas con bastante resolucion para emprender el viaje, ahí tienes la chalupa que te conduzca con los que quieran seguirte.

Diciendo esto nos arrancan del cuarto y nos empujan á la chalupa, que estaba pronta, á mí, Morrice y su esposa. De Nuit dijo en alta voz: si alguno quiere acompañar al general hable, que será bien admitido, y yo le daré mi proteccion. Solo se presentaron dos ingleses, llamados Sturmy y Withers, exclamando que querian más perecer de hambre con su capitan, que vivir en la abundancia con un hombre como de Nuit; y al mismo tiempo tomaron sus mochilas y saltaron á la chalupa, cuyo cable mandó cortar de Nuit inmediatamente.

Nos habia dejado las camas, nuestras armas, vestidos, provisiones para dos meses y una brúju-

la. Pero ¿de qué podían servirnos estos débiles socorros? Según nuestro cálculo estábamos á cien leguas de la tierra, y era fácil levantarse una borrasca que no pudiésemos resistir; en una palabra, nos creímos perdidos. No nos acordábamos si quiera de los dineros que nuestra indigna tripulación nos habia retenido tan ruinmente, y que yo no conservaba sinó la pedrería, que por casualidad estaba cosida entre el forro de la casaca. Pasamos lo restante del dia en un triste silencio. La noche no contribuyó sinó á aumentar nuestro desconsuelo y nuestro temor. Por la mañana ya vino un vislumbre de esperanza á nuestros ánimos. La esposa de Morrice principió á respirar, y nos alentó á todos; tomamos algun alimento por primera vez, y resolvimos hacer todo esfuerzo para salir adelante, si posible era.

Withers me dijo que según su cálculo no distábamos muchas leguas de Madagascar; que contaba con el auxilio de la Providencia llegar allá en tres dias si queríamos volver al Nordeste.

Bajo esta promesa corrimos al Nordeste tres dias sin descubrir tierra, y bogamos cuatro más con la misma incertidumbre.

El cuarto dia á entrada de tarde principiaron á espesarse las nubes, y advertimos pro-

nósticos evidentes de la tempestad que nos cogió á media noche. En tan tristes momentos nos resignamos en la Providencia, aguardando la muerte, que nos parecia inevitable. Fuimos el juguete de las olas durante muchas horas, hasta que la tempestad fué cediendo; y venturosamente antes de amanecer calmó el tiempo, y el mar se mostró menos agitado, siendo nuestra fortuna completa cuando al salir el sol vimos la tierra al frente, y que una rápida corriente nos llevaba hácia la costa, adonde abordamos antes de media hora.

Lo primero que hicimos fué dar gracias al cielo por habernos conservado. El paraje donde nos hallábamos estaba entre dos rocas, llenas de concavidades de trecho en trecho.

Trepamos enseguida de roca en roca; pero reconocimos con dolor que estábamos en una isla estéril y desierta, que solo tenia dos leguas de circuito. No obstante, nos hallamos mejor en ella que sobre el mar, y nos consoló el descubrimiento de un manantial de agua dulce, que principiaba ya á faltarnos.

Internándonos más encontramos dispersos varios pedazos de una embarcacion, que parecian tristes despojos de algun naufragio, lo cual no nos dió la idea más lisonjera de nuestra

condicion. A cierta distancia subimos sobre una eminencia, desde donde se descubria el resto de la isla, por ver si percibíamos otra tierra; pero en vez de lo que buscábamos solo encontramos un esqueleto de hombre, que verosimilmente habian descarnado los pájaros y los bichos. A su lado estaba una botella con su tapon de corcho, y un papel al parecer escrito en francés con un pincel. En sus propios términos era esto lo que contenia:

«Si hay alguno tan desdichado que puede llegar aquí y entender este escrito, sepa que el cadáver que se halla expuesto á las injurias del aire es el de Federico Van Noort, que pasando á Holanda sobre el navio el *Príncipe de Orange* fué arrojado á esta isla por una borrasca. De los restos del naufragio construyeron mis compañeros un buquecillo, con el cual volvieron al mar mientras yo dormia, sin duda por un efecto de su olvido. Al despertar percibo el buque, pero no estaba ya al alcance de mi voz, y no tenia nada que poder poner para señal. Entonces siento el peso de la mano de Dios, que se agravaba sobre mí. Confieso que este castigo era bien merecido de mis crímenes, y particularmente de la injuria que hice á la hija del gobernador de Batavia. Vuelvo á decir que si al-

gun europeo tiene la desgracia de tocar á este papel, podrá informar al fiscal de Batavia que su hijo es muerto, y que el hambre terminó su miserable vida.»

Esta aventura funesta nos sacó las lágrimas á los ojos, reflexionando con terror sobre la inexcrutable y temible justicia divina, que tarde ó temprano castiga al delincuente que parecia tener olvidado. Mas nuestras desdichas propias no nos permitian pensar en las ajenas. Volvimos apresuradamente á la chalupa, partimos de allí y volvimos al Nordeste esperando tocar en la costa de Africa, supuesto que hubiésemos pasado de Madagascar.

El dia siguiente descubrimos un país que se extendia ámpliamente al Sud. Ya nos juzgábamos libres de peligro; y en efecto, antes que anochebiese estábamos á dos leguas de la costa, adonde hubiéramos abordado á no impedirlo un viento Norte fuerte que nos alejaba. Nos contentamos con echar el áncora y recogernos un rato (que no habíamos podido hacer desde que nos echaron del navio). No duró mucho el descanso.

Cerca de la media noche me despiertan los gritos de la esposa de Morrice, voy á levantarme y me hallo aprisionado de piés y manos al

mástil de la chalupa. Los esfuerzos que hacia para evadirme, solo servian de apretar más los nudos. A este tiempo oigo suspirar muchas veces á Morrice y su mujer implorar mi auxilio en lengua sevaramba. Dígola la situacion en que me hallo, llamo á Morrice y no me responde.

Entonces no dudé ya que hubiese sucedido algun desastre, confirmándomelo bien pronto las quejas con que la dama sevaramba reprehendia á los dos homicidas el asesinato de su esposo y el crimen que meditaban contra ella. Advertí enseguida que iban á poner en ejecucion su infame designio. Pero un instante despues se suscitó pendencia entre los dos sobre quién habia de ser primero, y pasando de las palabras á las manos, la sevaramba aprovechó la ocasion de arrojar al mar, donde se ahogó en un momento.

Entretanto los dos malvados continuaban riñendo sin reparar en lo sucedido, hasta que empujándose el uno al otro cayeron ambos en el mar, y Sturmy, que no sabia nadar, se ahogó tambien.

Withers pudo recobrar la chalupa, y sentándose en ella quedó suspenso por algun tiempo. Como no respiraba ni se movia le tuve por

muerto, y le llamé para asegurarme. Respondióme con una voz apagada: ¡ay! mi general, soy un infame: no hay reposo para un perverso; os he sido traidor, y á mi conciencia. Se llegó á mi para desatarme y apenas podia, porque la noche era tan oscura que no se distinguia nada.

Entonces me contó que Sturmy y él no nos habian seguido por otra cosa que por la mujer de Morrice, sin saber el uno la intencion del otro hasta la isla desierta, donde se habian comunicado su designio. Que habian resuelto de conformidad la muerte de Morrice, y que á mi me hubiera sucedido lo mismo á no ser por él, que consiguió que solo me atasen para que no me opusiese á sus criminales intenciones. Veo que vais á representarme todo el horror de este delito; os ruego que lo excuseis. Las acusaciones de mi conciencia son otros tantos verdugos que me desgarran. Daria un mundo entero por rescatar las cuatro horas que acaban de pasar. Entretanto, si un arrepentimiento doloroso y sincero puede borrar este atentado, estoy seguro de conseguir el perdon.

Al rayar el alba descubrí el cuerpo de Morrice tendido en un extremo de la chalupa cosido á puñaladas. Su vista renovó mi dolor. Quitá-

mosle sus vestidos, y despues de haberle bañado con nuestras lágrimas le arrojamos al mar.

A este tiempo se levantó un viento fresco que nos impelió hácia la costa; percibimos un navío á dos leguas de nosotros. Withers me suplicó que no le acusase, y le di palabra si prometia en adelante ser hombre de bien. Ya os lo prometí, me respondió; si olvidare mi promesa ó cesare de detestar mi crimen, consiento que me entregueis á la justicia.

Ibamos acercándonos al navío, que reconocimos ser francés, y á nuestra señal de angustia bajó sus velas para que pudiésemos abordar. El capitan nos recibió con mucha humanidad, habiéndole contado la perfidia de Nuit, en la suposicion de que solo Withers me habia acompañado en mi infortunio.

El buque era maluino, venia de Sian, se llamaba la *Maligna*, y el capitan Saint-André. A consecuencia de la descripción que le hice de mi nave, aquel valiente soldado me declaró que mi gente pirateaba: que le habia atacado tres dias antes y huido con un mástil roto por un cañonazo, y que él habia perdido su teniente en el combate.

Durante nuestro viaje al cabo Withers cayó enfermo, y el mal le debilitó tanto en pocos

dias, que desconfiamos en su curacion. El propio me dijo que no contaba más con la vida ni la deseaba tampoco. Que confiaba haber aplacado la divina ira, mediante su arrepentimiento, contento de dejar el mundo, donde habia tenido la desgracia de haber ofendido á su Dios con tantas culpas. Me nombró su heredero, respecto no conocer parientes, y murió tres dias despues.

En su baul y el de Sturmy encontré valor de mucha monta en barra de oro.

Llegamos al cabo de Buena Esperanza despues de un viaje bastante feliz, donde descansamos dos meses.

A nuestro arribo á San Malo quise pagar mi pasaje al capitan, mas no pude hacerle tomar un maravedí. Me costó infinito hacerle tomar un diamante que encontré entre los objetos de Withers, y aun me satisfizo su valor con el alojamiento en su casa, donde me regaló magníficamente y recibí mil horas.

De San Malo fui á Paris. Allí vendí mis barras y alhajas hasta juntar trece mil libras esterlinas, que puse en el Mississipi. Al principio me vi enriquecido con sesenta mil piezas, esperando aumentarlas todavia más. Pero bien pronto las trece mil que habian producido tantas que-

daron reducidas á dos mil y quinientas, con las que me creí feliz en pasar á Inglaterra.

Hallé en mi casa la novedad de haber muerto mi mujer tiempo había. Mis hijas, admiradas de verme, apenas podían reconocerme por su padre hasta que presenté las riquezas que llevaba, y quedaron luego convencidas.

Ahora vivo descansado, esperando la muerte sin inquietud ni impaciencia; y como es un tributo que debemos todos á la Naturaleza, creo que lo mejor es pagarle temprano. En efecto, ¿qué hay en el mundo que haga desear la vida? Todo es miseria, maldad. ¡Feliz aquel que tiene la menor parte!

FIN.

la

